

Javier Adúriz

por Rafael Felipe Oteriño

Javier Adúriz se consideró a sí mismo poeta “posclásico”. Categoría en la que aunó a aquellos que son portadores de un pasado literario y, precisamente por ello, buscan insuflar nueva vida a las palabras. Lo que estaba diciendo es que la lengua poética tiene historia y que cada escritor está llamado a defenderla borrando su distancia con el lenguaje corriente. En sus poemas descarnados pero musicales, frontales aunque teñidos de resonancias afectivas, se dan cita tanto los entredichos de un mítico Facundo marchando hacia la muerte como el *pierving* que el joven prende de su anatomía. Con ello afirmaba que es en lo múltiple y en lo cambiante donde nos vemos. De tal modo asumió la temporalidad: con desesperación e ironía. Escucharlo leer sus poemas era asistir a una puesta en acto del fenómeno poético. El dramatismo parecía desprenderse de las palabras para echarse a andar por el salón donde el oyente, devenido a espectador, se sentía partícipe de una ceremonia sagrada. La voz se convertía en conjuro y el conjuro atravesaba la superficie de las cosas, las reservas del corazón, la inteligencia y el sentimiento. Así es como Javier escribió los poemas más notables de una generación que hizo el tránsito entre el esplendor de la literatura que le antecedió y la urgencia de la nueva poesía que redefine la huella del difícil estar en el mundo.

* Versión completa del texto publicado en la Revista Ñ el 14 de mayo de 2011.